

PIES DE ORO

3º- 4º

(Las voces se pueden cantar por separado: bien sólo la 1ª voz y ... luego con la 2ª, etc.)

A - pren - diz de he - rre - ro, no te can - ses de lu - char,
bus - ca tu sen - de - ro y al dra - gón ven - cer ten - drás.

No te can - ses de lu - char.
Al dra - gón ven - cer ten - drás.

No te can - ses de lu - char.
Al dra - gón ven - cer ten - drás.

Al fi - nal po - drás tu mi - sión cum - plir,

Al fi - nal po - drás tu mi - sión cum - plir,

Al fi - nal po - drás, tu mi - sión cum - plir,

1. óp - ti - ma di - cha con - se - guir. con - se - guir._____
2. mag - na di - cha con - se - guir. con - se - guir._____
mag - na di - cha con - se - guir. con - se - guir._____

<https://ideaswaldorf.com/hijo-del-herrero/>

Había una vez en Pont-de-Piel **un herrero** que medía una braza de altura y era fuerte como un par de bueyes. El hombre era negro como una chimenea por dentro; tenía una larga barba, cabello erizado y ojos tan rojos como carbones encendidos. Nunca ponía un pie en una iglesia y comía carne en cualquier momento, incluso el Viernes Santo. Se decía que el herrero de Pont-de-Piel no descendía del linaje de los cristianos.

Lo cierto es que vivía completamente solo en su casa; los clientes nunca podían entrar y siempre tenían que llamar al maestro desde fuera si tenían algún negocio con él. El herrero no tenía a nadie igual en trabajos de hierro, pero también era muy hábil con el oro y la plata. El trabajo caía a montones en su taller. Lo hacía todo sin más ayuda que la de un lobo negro, grande como un caballo. Día y noche, este lobo vivía encerrado en la rueda que movía el fuelle de la fragua.

Ya se habían presentado siete jóvenes ante el maestro para aprender el oficio; pero las pruebas eran tan difíciles, tan difíciles, que habían muerto al tercer día.

En aquel tiempo, vivía en la aldea de La Côte una pobre viuda completamente sola con su hijo en su pequeña casa. Cuando el muchacho cumplió catorce años, una tarde le dijo a su madre:

—Querida madre, los dos nos esforzamos mucho sin ganar lo suficiente para vivir.

Mañana iré a ver al herrero de Pont-de-Piel y seré su aprendiz.

—Hijo mío, ese hombre nunca pone un pie en una iglesia y come carne en cualquier momento, incluso el Viernes Santo. Se dice que no es del linaje de los cristianos.

—Querida madre, el herrero de Pont-de-Piel no me llevará al mal.

—Hijo mío, siete jóvenes ya se han presentado ante él para aprender el oficio, pero las pruebas eran tan difíciles, tan difíciles, que murieron en tres días.

—Querida madre, pasaré las pruebas y no moriré.

—Amigo mío, dejo todo en manos de la gracia de Dios y de la Santa Virgen María.

Ambos se fueron a la cama. A la mañana siguiente, el muchacho estaba al amanecer frente a la fragua del herrero de Pont-de-Piel.

—¡Hola! Herrero de Pont-de-Piel. ¡Hola! ¡Hola! ¡Hola!

—Muchacho, ¿qué quieres?

—Herrero de Pont-de-Piel, quiero ser vuestro aprendiz.

—Entonces entra, muchacho.

El muchacho entró en la fragua sin miedo ni temor.

—Muchacho, demuéstame que eres fuerte.

El muchacho agarró un yunque de siete quintales y lo lanzó cien brazas de distancia.

—Muchacho, demuéstame que eres hábil.

El muchacho se acercó a la telaraña de una araña, la desenredó y la enrolló en un ovillo de principio a fin, sin romper nunca el hilo.

—*Muchacho, demuéstrame que eres valiente.*

Entonces el muchacho abrió la puerta de la rueda donde el enorme lobo negro estaba encerrado día y noche y movía el fuelle. El lobo salió de inmediato. Pero el muchacho lo agarró por el cuello en el aire, le cortó la cola y las cuatro patas sobre un yunque y lo quemó vivo en el fuego de la fragua.

—*Muchacho, tus pruebas han terminado. Eres fuerte, hábil y valiente. En tres días comenzarás tu servicio conmigo. Te pagaré bien, pero no quiero que vivas ni comas conmigo.*

—*Maestro, os obedeceré.*

El aprendiz saludó al herrero de Pont-de-Piel y se fue. Pero afuera pensó para sí:

"Mi madre tiene toda la razón. Mi maestro no es un hombre como los demás. Me esconderé durante tres días y tres noches y lo espiaré sin que me vea. Entonces sabré con quién estoy tratando".

Con estos pensamientos, el aprendiz regresó con su madre.

—*Querida madre, ahora somos ricos. El herrero de Pont-de-Piel me ha aceptado como aprendiz. En tres días comenzaré mi servicio. Querida madre, no quiero ordenarte nada, pero dame un saco lleno de pan y una botella de vino. Debo hacer un viaje y partir rápidamente para estar de vuelta a tiempo.*

—*Aquí tienes, amigo mío. Que Dios y la Santa Virgen María te protejan de todo mal.*

El aprendiz saludó a su madre y fingió irse lejos. En secreto, se escondió muy cerca de la casa del herrero de Pont-de-Piel, en un pajar, desde donde veía y escuchaba todo sin ser visto ni escuchado.

Al atardecer, el herrero de Pont-de-Piel cerró la fragua. El aprendiz estaba alerta, con los ojos y los oídos bien abiertos. Cuando las estrellas marcaron las once, el herrero de Pont-de-Piel abrió con cuidado la puerta de su casa y miró a todos lados para asegurarse de que nadie lo estuviera espiando. No vio a nadie, luego imitó el chirrido de un grillo.

—*¡Cri, cri, cri! Ven, hija mía. Ven, reina de las víboras. ¡Cri, cri, cri!*

—*Padre mío, ya estoy aquí.*

La reina de las víboras era larga y gruesa como un saco de grano y tenía una flor de lirio negro en la cabeza. El padre y la hija se besaron con ardor.

—*Bueno, padre, ¿tienes un aprendiz?*

—*Querida hija, dentro de tres días tendré uno, el hijo de una viuda de La Côte. Es fuerte, hábil y valiente.*

—*Padre mío, lo he visto, lo amo ardientemente.*

—Bien, querida hija, os casaré cuando tenga la edad. Vete ahora; porque la medianoche está cerca, y necesito tiempo para prepararme.

La reina de las víboras se deslizó y se fue. Luego, el herrero de Pont-de-Piel bajó a la orilla del río Gers, a un prado bordeado de fresnos, álamos y sauces. El aprendiz había abandonado su pajar. Siguió a su maestro con cuidado y en silencio, escondiéndose detrás de los árboles.

El herrero de Pont-de-Piel se quitó toda la ropa y la escondió en un sauce hueco. Luego se arrancó la piel de la cabeza a los pies y apareció en la forma de una gran nutria.

—Esconderé bien mi piel humana —dijo—. Si no la encontrara para ponérmela antes del amanecer, tendría que ser una nutria para siempre.

Escondió su piel humana en el sauce hueco y saltó al río justo cuando las estrellas marcaban la medianoche. El aprendiz lo observó mientras nadaba, se sumergía hasta el fondo del río y volvía con una carpa o una anguila, que comía a la luz de la luna. Esto continuó hasta el amanecer.

Entonces el herrero de Pont-de-Piel salió del agua, se puso de nuevo su piel humana y su ropa, y regresó a su casa sin saber que había sido espiado. El aprendiz, por su parte, volvió y se escondió de nuevo en el pajar. Durante dos noches más, vio y escuchó lo mismo que la primera noche.

—¡Bien! —dijo—. Mi maestro es el padre de la reina de las serpientes. Ella lo visita y habla con él todas las noches. La reina de las serpientes me ama y quiere casarse conmigo cuando tenga la edad. Mi maestro está condenado a transformarse en una nutria todas las noches desde la medianoche hasta el amanecer. Todo esto es bueno saberlo y guardarlo en secreto.

A la mañana del tercer día, el aprendiz entró en la fragua como un inocente que no ha visto ni escuchado nada.

—Buenos días, maestro. Vengo para comenzar mi aprendizaje.

Así comenzó el aprendizaje. A los quince años, el aprendiz ya sabía más que su maestro. Pero fingía no ser tan hábil, por temor a despertar los celos del herrero de Pont-de-Piel.

Una tarde, el maestro le dijo al aprendiz:

—Escúchame: en tres meses, el marqués de Finnarcon casará a su hija mayor con el rey de las islas del mar. La novia necesita muchas joyas, y yo debo encargarme del pedido. Mañana por la mañana irás por delante con tus herramientas. No te faltarán oro ni plata en el castillo de Lagarde, ni diamantes ni piedras preciosas. Forja y arregla todo lo mejor que puedas, y haz el trabajo a lo grande. Un mes antes de la boda, yo también estaré allí para ver si todo va bien y para terminar muchas cosas que tú nunca podrás hacer.
—Maestro, así lo haré.

A la mañana siguiente, el aprendiz llegó al castillo de Lagarde con sus herramientas. Poco después del desayuno, se puso a trabajar. No le faltaban ni el oro ni la plata, ni los diamantes ni las piedras preciosas.

—¡Ja, maestro! —pensó—. Se acerca el momento en que veréis si hay cosas que nunca podré hacer.

Y el aprendiz forjó el oro y la plata. Preparó los diamantes, hermosos collares, tan hermosos aretes vistos y nunca más se volverán a ver tales. En el castillo de Lagarde llovieron los elogios sobre el aprendiz por parte de los señores y los sirvientes. Sólo una no lo alabó: era la hija menor del marqués de Finnarcon, una pequeña señorita, tan bella como el día claro y piadosa como una santa. Sin embargo, ella observaba al aprendiz trabajar desde la mañana hasta la noche.

Finalmente, un día, cuando estaban solos, la pequeña señorita habló:

»Aprendiz, hermoso aprendiz, haces cosas tan hermosas para mi hermana mayor.

¿Trabajarías aún mejor si fuera para otra joven? ¡Dime!«

»Sí, pequeña señorita. Si consigo una novia, haré para ella un collar que no tenga igual.«

»Aprendiz, hermoso aprendiz, ¿cómo será ese collar de oro que no tiene igual? ¡Dime!«

»Para mi novia, pequeña señorita, haré un collar de oro, un hermoso collar dorado, y brillará como el sol. Este collar lo sacaré aún al rojo vivo de la fragua y lo endureceré en un recipiente con mi propia sangre. Si el temple es bueno, lo volveré a lanzar a la fragua ardiente, mientras mi novia se desnuda hasta la cintura. Entonces le colgaré el hermoso collar de oro alrededor del cuello, y se unirá a su cuerpo con tanta fuerza que ni Dios ni el diablo podrán arrancarlo jamás. Por el poder de este hermoso collar de oro, mi novia será mía y solo pensará en mí. Mientras yo sea feliz, el hermoso collar de oro permanecerá amarillo. Pero si la desgracia cae sobre mí, se volverá rojo como la sangre. Entonces mi novia tendrá tres días para prepararse. Dirá a sus padres: "Pronto moriré. Entiérrenme con un vestido de novia, el velo y la corona de flores de azahar en la cabeza, con un ramo de rosas blancas en la cintura". Al tercer día, se dormirá, y todos la creerán muerta. Entonces la enterrarán con ese atuendo, y ella seguirá viviendo dormida mientras la desgracia caiga sobre mí. Si yo muero, ella también estará perdida. Pero si la desgracia ya no me persigue, la despertaré, y nos casaremos.«

»Aprendiz, hermoso aprendiz, ¡forja para mí ese hermoso collar de oro!«

En siete horas, el hermoso collar dorado estuvo terminado y brillaba como el sol. Después lo metió en un vinagre rojo. Sacó un cuchillo y se hizo un corte en el brazo, del que emanó sangre y que vertió en un recipiente. En este vaso endureció el hermoso collar de oro, hasta que el temple estuvo bien. Luego lo lanzó de nuevo a la fragua ardiente, accionando el fuelle con fuerza y vigor, mientras la pequeña señorita se desnudaba hasta la cintura. Después, le colocó el hermoso

collar de oro alrededor del cuello, y este se unió a su cuerpo de tal manera que ni Dios ni el diablo habrían podido arrancarlo.

»Aprendiz, hermoso aprendiz, ahora soy tu novia. Ahora, por el poder de este hermoso collar de oro, soy completamente tuya y solo pensaré en ti.«

La pequeña señorita regresó a sus aposentos. Ni sus padres ni sus sirvientes supieron jamás lo que acababa de ocurrir.

A la mañana siguiente, llegó el herrero de Pont-de-Piel.

»Buenos días, maestro.«

»Buenos días, aprendiz. Ya llevas dos meses trabajando. He venido a ver si todo va bien y a terminar una serie de cosas que tú nunca podrías hacer.«

»Mire, maestro.«

Y el aprendiz mostró el oro y la plata forjados, los diamantes y piedras preciosas tallados, los hermosos anillos, los hermosos collares y los hermosos aretes. El herrero de Pont-de-Piel comenzó a reír.

»Aprendiz, ya no tengo nada que enseñarte. Sabes más que yo del oficio. Ahora eres libre y puedes establecerte por tu cuenta. Pero me harías un favor si te quedas tres meses más en mi herrería.«

»Maestro, lo haré. Me quedaré en su herrería el tiempo que usted desee.«

Luego, el herrero de Pont-de-Piel y el aprendiz se dirigieron al marqués de Fimarcon.

»Buenos días, señor marqués.«

»Buenos días, amigos. ¿Qué deseáis de mí?«

»Marqués de Fimarcon«, dijo el herrero de Pont-de-Piel, »aquí ya no tenemos nada que hacer. Mi aprendiz ha trabajado mejor de lo que yo mismo hubiera podido. Ahora debéis pagarle también a él.«

»Toma, buen aprendiz, aquí tienes mil monedas de oro.«

»Señor marqués de Fimarcon, no quiero aceptar nada. Si estas mil monedas de oro os estorban, dadlas como limosna.«

Ambos se despidieron del marqués de Fimarcon y regresaron a Pont-de-Piel. Siete días después, el maestro le dijo al aprendiz:

»Aprendiz, hoy es feria en Gondom. Debemos llegar temprano. ¡Bebamos un trago y luego pongámonos en camino!«

»¡Por vuestra salud, maestro!«

»¡Por tu salud, aprendiz!«

Pero el herrero de Pont-de-Piel sólo fingió beber, pues había mezclado en el vino un somnífero tan fuerte que el aprendiz cayó al suelo al instante y quedó dormido como un saco.

Entonces, el herrero de Pont-de-Piel lo ató de pies y manos con cadenas y correas. Le tapó la boca con un trapo de lino, y cuando el aprendiz despertó, la fragua ardía como el fuego del infierno, y el herrero de Pont-de-Piel estaba allí, afilando los dientes de una nueva sierra.

»Aprendiz, miserable aprendiz, quisiste saber más que tu maestro. Ahora estás en mi poder. Nadie vendrá a liberarte. Si no obedeces, sufrirás muerte y pasión.

¿Quieres casarte con mi hija, la reina de las víboras?»

Al aprendiz le habían tapado la boca con el trapo de lino. Solo movió la cabeza para decir que no. Entonces, el herrero de Pont-de-Piel tomó su nueva sierra. Lentamente, muy lentamente, le cortó el pie izquierdo al aprendiz y lo quemó en el fuego.

»Aprendiz, ¿quieres casarte con mi hija, la reina de las serpientes?»

El aprendiz volvió a negar con la cabeza. Entonces, el herrero de Pont-de-Piel tomó nuevamente su sierra. Lentamente, muy lentamente, le cortó el pie derecho al aprendiz y lo quemó en el fuego.

»Aprendiz, ¿quieres casarte con mi hija, la reina de las serpientes?»

El aprendiz volvió a negar con la cabeza. Entonces, el herrero de Pont-de-Piel comprendió que estaba perdiendo el tiempo y el esfuerzo. Arrojó al aprendiz a su carro, lo cubrió con paja y azotó al caballo para que partiese como un rayo. Al atardecer, estaban lejos, muy lejos, más allá del brezal, la tierra de los pinos y la resina. Se detuvieron a la orilla del vasto mar, en la tierra de las serpientes, donde reinaba la hija del herrero de Pont-de-Piel. Allí había una torre, sin techo, sin puertas ni ventanas, con un pozo en el centro. La torre medía cien brazas de altura. Los muros eran de piedra y mortero tan duros que ni el pico ni la dinamita podían dañarlos. Sólo la reina de las serpientes podía entrar y salir por un agujero que se cerraba tras ella. El herrero de Pont-de-Piel y la reina de las serpientes llamaron a las grandes águilas de la montaña.

»Grandes águilas de la montaña, escuchadnos. Prestad atención para cumplir punto por punto lo que se os ordene. Tomad a este inútil y llevadlo a la torre. Mientras no se case con mi hija, la reina de las serpientes, permanecerá prisionero allí. Dormirá en el suelo, con el cielo como techo. Si tiene sed, que beba el agua del pozo. Pero no le faltarán hierro, plata ni oro, ni diamantes ni piedras preciosas, y vosotras me traeréis constantemente su trabajo. Cuando haya ganado su pan cien veces, le arrojaréis una hogaza de pan negro, tan negra como una chimenea y amarga como la hiel.»

Las grandes águilas de la montaña obedecieron. Durante siete años, el aprendiz permaneció en esa situación en la torre, durmiendo en el suelo y con el cielo como techo. Cuando tenía sed, bebía el agua del pozo. No le faltaban hierro, plata ni oro, ni diamantes ni piedras preciosas. Las grandes águilas llevaban todo su trabajo al herrero de Pont-de-Piel. Cada vez que el aprendiz

había ganado su pan cien veces, le arrojaban una hogaza de pan negro, tan negra como una chimenea y amarga como la hiel.

Sin embargo, el aprendiz no trabajaba constantemente para su maestro. Había cavado un profundo agujero bajo su yunque para esconder las cosas que forjaba sin que las águilas lo vieran.

Primero se forjó un hacha de acero fino, ancha y afilada. Luego, un cinturón de hierro con tres ganchos. Después, **un par de pies de oro**, tan bien formados y ajustados como sus propios pies de carne y hueso, que el herrero de Pont-de-Piel le había cortado y quemado.

Finalmente, también se forjó un par de grandes alas ligeras como plumas.

Este trabajo le llevó siete años. Pero cada noche, al atardecer, la reina de las serpientes entraba en la torre por el agujero que sólo se abría para ella y se cerraba de inmediato.

»Aprendiz, tu martirio terminará cuando yo sea tu esposa.«

»Vete, reina de las serpientes. Ya he elegido a mi novia y nunca, nunca la abandonaré.«

Estas eran las palabras que se intercambiaban cada noche. Pero cuando todo estuvo listo, el aprendiz cambió de tono.

»Aprendiz, tu sufrimiento terminará cuando yo sea tu esposa.«

Pero esta vez el muchacho le sorprendió diciendo:

»Ven, ven, Reina de las Serpientes. Renuncio a mi prometida y nunca más volveré a pensar en ella.«

La Reina de las Serpientes se tendió junto al aprendiz en el suelo, y se abrazaron y acariciaron hasta el amanecer.

»Aprendiz, tu tormento pronto terminará. Pronto seré tu esposa. Adiós. Esta noche, a la puesta del sol, volveré.«

»Adiós, Reina de las Serpientes, el tiempo se me hará largo.«

Por la tarde, una hora antes de la puesta del sol, el aprendiz pensó para sí:

»Y ahora va a haber algo de qué reír.«

Cogió su hacha de acero fino, su hacha ancha y bien afilada. Se ajustó su cinturón de hierro con los tres ganchos y se fijó sus pies de oro a las piernas. Acto seguido, se apretó contra la pared y acechó justo al lado del agujero por el que la Reina de las Serpientes se deslizaba cada tarde en la torre.

Cuando la Reina de las Serpientes entró arrastrándose, rápidamente el aprendiz le puso el pie en el cuello. Silbando, ella se retorció, pero sólo pudo morder los pies de oro. Con un golpe de hacha, el aprendiz separó la cabeza del torso y colgó ambas partes de su cinturón de hierro. Acto seguido, se colocó sus grandes alas ligeras como una pluma y se elevó hasta la almena de la torre.

Cayó la noche. El aprendiz miró al cielo para reconocer su dirección y guiar su vuelo por las estrellas. Luego se elevó de repente en el aire y voló más rápido que una golondrina. Finalmente, se posó en el alero más alto del techo del hospital de Lectoure, desde donde podía ver claramente la aldea de La Côte, las casas de Pont-de-Piel y el río. Escuchó, miró y esperó. Oyó sonar la undécima hora en todos los relojes de la ciudad. Miró hacia el Pont-de-Piel y divisó a la luz de la luna al herrero, que salía de su casa para transformarse en una nutria y vivir en el río hasta el amanecer.

Esperó hasta el último toque de la medianoche. Entonces, el aprendiz descendió cien veces más rápido que una golondrina hacia el sauce hueco donde el herrero de Pont-de-Piel escondía cada noche su piel humana. En un instante, la piel humana colgaba de uno de los ganchos de su cinturón de hierro, y él se cernía cien brazas sobre el río.

»¡Ho ho! Herrero de Pont-de-Piel. ¡Ho ho! ¡Hola!«

»¿Qué quieres de mí, gran pájaro?«

»Herrero de Pont-de-Piel, te traigo noticias de tu hija, la Reina de las Serpientes.«

»Habla, gran pájaro.«

»No soy un gran pájaro, soy tu aprendiz. Durante siete años he soportado la muerte y el sufrimiento, en una torre al borde del vasto mar. Herrero de Pont-de-Piel, querías noticias de tu hija, la Reina de las Serpientes. Escúchame: Tu hija está cortada en dos pedazos, cabeza y torso, y cuelga de mi cinturón de hierro. Toma, sácala del Gers e intenta coserla de nuevo.«

El herrero de Pont-de-Piel gritó como un águila.

»Herrero de Pont-de-Piel, tus sufrimientos aún no han terminado. Busca tu piel humana en el sauce hueco. Busca, amigo mío, busca bien. Aquí cuelga de mi cinturón de hierro. Y ahora serás para siempre una nutria.«

El herrero de Pont-de-Piel se sumergió en el río y nunca, nunca más se le volvió a ver. Entonces, el aprendiz voló cien veces más rápido que una golondrina hacia la casita de su madre y llamó a la puerta.

»¿Quién llama?«

»Ábreme, madre.«

»¡Jesús! ¡María! Eres tú, hijo mío. Llevo siete años esperando tu regreso.«

»Madre, no he tenido tiempo de venir antes. Me alegra ver que Dios y la Santísima Virgen os han conservado la salud. Ahora, querida madre, puedo ganar dinero a espaldas, no necesitáis trabajar más, a menos que os divierta. No quiero mandaros, madre, pero haced fuego. Preparadme la parrilla y poned en la mesa una hogaza de pan

y una jarra de vino. Yo traigo la carne que cuelga de un gancho de mi cinturón de hierro.»

»¡Jesús! ¡María! ¡Hijo mío, pero si es una piel de cristiano!»

»Madre, es la piel del herrero de Pont-de-Piel. No pertenecía al linaje de los cristianos.

Nunca, nunca más le volveréis a ver.»

Una hora después, la piel ya estaba asada y consumida.

»Y ahora, herrero de Pont-de-Piel, intenta venir a buscar tu piel dentro de mi cuerpo.»

Acto seguido, el aprendiz se puso de nuevo sus alas ligeras como una pluma y emprendió de nuevo su vuelo, cien veces más rápido que una golondrina. En cinco minutos ya estaba ante la puerta de la capilla del castillo de Lagarde, donde su prometida dormía en la cripta. Con un empujón del hombro empujó la puerta y la abrió. Luego encendió una vela en la lámpara eterna, que arde día y noche en honor del santísimo sacramento, levantó como si fuera un corcho la losa de la bóveda funeraria, saltó dentro y abrió la tapa del ataúd de su prometida.

»¡Vamos! Señorita, ¡levántese! Ya ha dormido durante más de siete años.»

»¡Eres tú, hermoso aprendiz! Entonces la desgracia ya no pesa sobre ti. Mira aquí. He hecho todo lo que me habías aconsejado. Llevo mi vestido de novia, tengo el velo y la corona de flores de azahar en la cabeza y el ramo de rosas blancas en el cinturón.»

»Señorita, levántese.»

La señorita se levantó. El aprendiz la cargó y la llevó a la capilla y allí rezaron durante mucho tiempo.

»Señorita, ya va amaneciendo. Vaya a su habitación y permanezca allí hasta que yo la llame.»

»Hermoso aprendiz, así se hará.»

La señorita se fue a su habitación. Acto seguido, el aprendiz se presentó ante el señor del castillo.

»Buenos días, señor Marqués y señora Marquesa de Finnarcon. ¿Me reconocen?»

»No, amigo, no te reconocemos.»

»Se equivocan. Soy el aprendiz del herrero de Pont-de-Piel. Hace ahora siete años trabajé aquí durante dos meses, cuando vuestra hija mayor se casó con el rey de las islas del mar.»

»Es cierto, aprendiz, ahora sí te reconocemos.»

»Señor Marqués y señora Marquesa de Finnarcon, teníais una hija menor, una señorita de trece años. Seguramente ya se habrá casado con algún príncipe.»

»Buen aprendiz, nuestra hija menor está en el otro mundo. Dios nos la quitó hace ya siete años. La enterramos según su deseo con un vestido de novia, lleva el velo y la corona de flores de azahar en la cabeza y el ramo de rosas blancas en el cinturón.»

»Señor Marqués y señora Marquesa, júrenme por sus almas, y bajo pena de tormento eterno, que me darán a su hija menor en matrimonio si se la devuelvo viva.»

»¡Por nuestras almas y bajo pena de tormento eterno!»

»Señor Marqués y señora Marquesa, avisen rápidamente al señor párroco. Yo mismo iré a buscar a vuestra hija.»

El aprendiz llevó a la señorita adentro. Se casaron esa misma mañana, y la boda duró catorce días. El aprendiz y su esposa vivieron felices durante mucho tiempo y tuvieron doce niños. El mayor era el más fuerte y el más guapo de todos. Pero su cuerpo estaba cubierto por un fino y suave pelaje amarillo, exactamente como el de la nutria. Esto ocurrió porque su padre, el primer día de la boda, había hecho asado en la parrilla y se había comido la piel del herrero de Pont-de-Piel.

Aportación de La Comunidad de Cristianos